

Diezmando como Madre Soltera



¡Aquí vamos!, pensé mientras ponía los ojos en blanco, cruzaba mis brazos, y escuchaba sentada al pastor un domingo por la mañana. Él predicaba sobre la importancia del diezmo. No puedo decirte exactamente todo lo que dijo porque honestamente descarté la mayoría de lo que dijo. Sabes, no había estado yendo a la iglesia por mucho tiempo. Había asistido cuando niña pero me aparté por un tiempo y apenas me aclimataba a mi nueva iglesia... ¡y ahora esto! Qué osadía tuvo el pastor al hablar del diezmo.

Yo era una madre soltera. No tenía dinero. “¡Alguien necesita darle una buena ofrenda para que este hombre se compre una camioneta nueva, de manera que podamos movernos a otro tema la próxima semana!”, pensé para mí misma. Estaba amargada y molesta por mis problemas económicos. Pensé que de eso se trataba todo: el pastor necesitaba algo nuevo.

Pero según pasaron las próximas semanas sus palabras no se salían de mi cabeza. El concepto del diezmo no era nuevo para mí. Me crié en una iglesia y sabía que la Biblia ordena dar una décima parte de tus ingresos de vuelta al Señor. Pero, ¿en serio? ¡Yo era una madre soltera! ¡No tenía dinero! Yo sólo me ganaba unos cuantos cientos de dólares al mes para criar a mis dos niños. Solamente con la asistencia que recibía del gobierno era que yo podía llegar a fin de mes. Dar el diezmo parecía algo extravagante. Aun así, lo pensé. Oré al respecto. Lo discutí con Dios. Sabía que Dios me estaba dirigiendo a dar. Así que lo hice. Escribí mi primer cheque y lo puse en el plato de las ofrendas según pasaba. No pasó nada milagroso ese día, ni el próximo, ni en muchos otros que siguieron. Yo sólo seguí dando. De hecho, me sentía bien haciéndolo. Sabía que estaba viviendo en obediencia a algo que Dios me había dirigido a hacer. Y aún más importante, aprendí que el yo dar fluía del amor que yo le tenía a mi Padre Celestial y no porque Él necesitara mi dinero. Di con alegría, no porque esperara algo a cambio o porque yo mereciera algo, sino por lo que Él había hecho para salvarme.

Mientras más daba, más bendecida me sentía. Estaba bendecida de muchas maneras: emocional, espiritual y financieramente. Luego de unos años dejé la asistencia del gobierno, mi corazón roto sanó a través de Su gracia y tenía un ingreso aceptable. Creo que todas esas cosas fueron bendiciones por mi obediencia con respecto al diezmo. Permíteme ser cuidadosa aquí. No estoy sugiriendo que diezmemos para que seamos bendecidos –que Dios es de alguna manera nuestro genio mágico que frotamos y al que le demandamos cosas. No estoy sugiriendo que si lo haces, Dios te ha de conceder tus sueños financieros. Sencillamente estoy diciendo que, por la razón que sea y que yo desconozco, Dios eligió bendecir mi obediencia financiera. Ha habido muchos años de altas y bajas financieras para mí desde entonces, pero una cosa ha sido constante: mi deseo de diezmar y dar ofrendas para bendecir a otros.

Lo mismo te aplica a ti, mamá soltera. Tú puedes diezmar. De hecho, yo me atrevo a decirte que no te puedes dar el lujo de NO diezmar. El mandato de Dios sobre nuestras finanzas no tiene una excepción que diga: "excepto si eres una madre soltera". Dios dice que diezmemos. Dice que demos el 10 % de nuestros ingresos. Y aun cuando me criticaron por dar el diezmo a la iglesia mientras recibía dinero del gobierno, lo hice de todas maneras. Preferiría ser criticada por el mundo que vivir en desobediencia a mi Salvador.

Esta no es una condenación para aquellos que no diezman, sino una exhortación para aquellos que tienen miedo de no poder. Estoy dándote aliento de que Dios es fiel. Él se nos revela en maneras que no podemos entender ni pedir. Y nuestra disposición de dar alegremente al cuerpo de Cristo se trata de algo que va más allá de nuestra chequera; se trata de que otros de alguna manera conozcan al Dios que nosotros conocemos, y de demostrarle a Él que nuestros corazones confían en los planes de esperanza que Él tiene para nosotros.